



*Martín de los Andes*

deleznable estéticamente; pero todos ellos de un imponderable valor y de una sutil y honda poesía para el creyente.

Los imitadores de Churriguera dejaron en el altar mayor muestras innegables de su mal gusto. Pero arriba, cerca ya de la bóveda, como si se intentara ascender al cielo en un supremo esfuerzo, abre sus brazos un magnífico Cristo que delata la pericia de los imagineros andaluces del siglo XVII. El retablo es detestable, pero aquella figura de Jesús crucificado y expirante, todo lo dignifica. No se ven los adornos de mal gusto, ni las columnitas salomónicas ahogadas por los frutos y las flores de una naturaleza arbitraria; se ve únicamente, aquel Cuerpo ya en la agonía, del Hombre Divinizado. Más abajo, casi en el

centro del retablo, está el camarín de la patrona del pueblo. Es una escudera sin valor artístico, pero muy venerada por los fieles: la corona de oro fué regalo de las hijas del diputado a Cortes por aquel distrito, y en el pecho cuajado de pedrería luce las joyas de la señora más rica del pueblo.

En los otros altares hay cuadros de poco valor y esculturas medianas y lamentables. Interesan más los candelabros, las anforitas y las figuras de marfil que adornan el tablero de algunos altares y las lamparitas de plata, donde a veces, aletea la lucecilla de una mariposa de aceite. También hay azulejos lindísimos en algunas capillas. La más concurrida de estas capillas es la de San Antonio de Padua. Todas las muchachas casaderas rezan con devoción al Santo y dejan su óbolo en el cepillo correspondiente; la escultura nada vale, procede de esa industria de confitería que exporta Barcelona desde hace años a las iglesias de España y América. Una desdicha, mirada por el lado artístico, pero un verdadero acierto comercialmente. En la sacristía

guarda el párroco un bellísimo crucifijo de marfil; es una linda miniatura que, según los documentos de la parroquia, se debe a Pedro Roldán. También se guarda entre paños y naftalina, y dentro de unos arcones de madera, el vestuario: casullas, sobrepelices, dalmáticas y otras prendas sagradas para los días grandes; quien desee contemplarlas ha de dirigirse al párroco, conocer al coadjutor, no olvidarse del sacristán ni de los dos monagos que, a veces tienen la humana flaqueza de lanzar mirada de codicia a los cepillos en las festividades sonadas; pero el párroco, el coadjutor, el sacristán y los monagos merecen también otro bocetito.

*José Más.*